

que su amiga sobre ello le decía, parecióle á manera de fábula.

—Por supuesto, observó con severidad, estás dispuesta á rechazar las extravagantes pretensiones del señor Contreras y Espinosa?

—No tanto, repuso Paulina.

—¿Es posible? exclamó Berta asombrada. ¡Una proposición tan absurda como esa!

—Ni tú ni yo nos encontramos en situación de volver la espalda á los buenos partidos.

—¿A eso llamas un buen partido? ¿A la proposición ridícula de un tonto?

—Será tan tonto como quieras, pero tiene dinero.

—Suponiéndolo, ¿qué ventaja sacas de ello?

—¿Cómo qué ventaja? Demasiado sabemos tú y yo lo que es la pobreza. He sufrido en esta casa privaciones, encierros y tristezas; no he gozado de mi juventud y me he visto menospreciada por todos. El día que sea rica, me indemnizaré de todas esas penas, seguiré la moda, concurriré á paseos, teatros y bailes, y verás cuán bien me trata entonces todo el mundo.

—Frivolidades, bobadas, repuso Berta; lo principal es asegurar la dicha del corazón, la tranquilidad de la vida y la paz

del alma. Dime francamente, ¿quieres á ese señor?

—¡Pero si acabo de conocerle!

—¿Crees que llegarás á quererle?

—Francamente nó; pero lo hago con todo conocimiento. Además, se lo diré así para no engañarle y no tener remordimientos.

—Serás desgraciada.

—Nó, porque gozaré cuanto pueda.

—¿Pero en qué quedan Gustavo y Prudenciano?

—El primero es muy simpático, pero pobre. Si tuviera dinero, me casaría con él antes que con nadie; pero no lo tiene, y eso no puede ser. En cuanto á Prudenciano, ni pensarlo; cuenta con poca cosa. ¡Mucha facha y poca ficha! Imagínate: todos los "ñatos" juntos, no tienen más que doscientos mil pesos. De esos, cincuenta mil son de doña Anastasia; de suerte que no quedan más que ciento cincuenta mil para los tres hermanos. ¡Ya verás qué miseria!

—¿De suerte que?...

—Estoy resuelta á aceptar la proposición de don Arcadio.

—Pero, Paulina, por Dios ¿estás loca?

—Ya me lo preguntarás cuando me veas en buena casa, con coche á la puerta, bien alhajada y con criados que me hagan la reverencia.

A este punto llegaba la conversación,

cuando sor Ignacia mandó llamar á las jóvenes. Obedeciendo la orden, se dirigieron ambas al saloncito, y allí encontraron con estupefacción, posesionadas del estrado, nada menos que á doña Anastasia y sus hijas. Instintivamente hicieron Berta y Paulina ademán de retroceder, á la vista del enemigo; pero sor Ignacia las detuvo.

—La familia "de" Dena trae negocio con ustedes, les dijo.

En el acto, y sin preámbulo de besos, salutations ni cortesías de ningún género, la señora doña Anastasia, muy excitada, saltó á la palestra encarándose con las huérfanas.

—¡Estas (dijo aludiendo á sus hijas) y yo, nos sentimos muy lastimadas por ustedes!

—¿Por qué? preguntó Berta con timidez. ¿Qué les hemos hecho?

—Eso, eso, agregó sor Ignacia, expongan ustedes sus quejas; hago las veces de madre de estas jóvenes, y me toca corregirlas.

—¿Se acuerda usted, madre, de aquel domingo que concurrieron á una "matinée" que dimos en casa? preguntó doña Anastasia con pompa.

—Perfectamente, repuso la religiosa.

—¿A que no le han dicho Berta y Paulina lo que hicieron entonces?

—En efecto, nada me han dicho.

—Con razón, porque es muy feo... Pues se pusieron á hacer ojos tiernos á los pretendientes de mis hijas.

—¿Quiénes son esos señores? interrogó sor Ignacia haciéndose de las nuevas.

—Unos alemanes de Colima... Usted los conoce: Grimm y Schultze.

—¡Ah! sí.

—Pues á ellos.

—Yo no sabía que las pretendían, protestó Berta con timidez, ni es cierto lo que dice la señora.

—Ni yo, agregó Paulina.

—Mentira, clamaron descortesmente Consuelo y Socorro, ¡bien que lo sabían!

—¿Nos dijeron ustedes una palabra acerca de eso? interrogó Berta.

—Pero no era necesario, porque se conoce, ¡vaya!, replicó Consuelo furiosa; hay cosas que no se necesita decir... Ni menos entre mujeres.

—Pues te aseguro por lo más sagrado, insistió Berta ingenuamente, que ni siquiera se me ocurrió.

—Lo dices por disimular. ¡Qué habías de decir! repuso Consuelo, más y más excitada; sabes más de lo que te han enseñado.

Berta se puso roja, y siguió protestando con cortedad.

—¿Para qué das satisfacciones, Berta? saltó Paulina; no te humilles.

—Tú no las das, gritó Socorro, porque no te atreves; la cosa está tan de bulto...

—Suponiéndolo, ¿qué tenemos con esas? repuso Paulina encarándose con su interlocutora.

—¡Calma! ¡Calma! intervino sor Ignacia.

—A mí, prosiguió Consuelo, se me dirigía Julio, y no sólo se me dirigía, sino que hizo algo más que eso.

Berta se removió con inquietud en su asiento.

—Y á mí, saltó Socorro, me hacía la corte Gustavo.

—Y ahora resulta, rugió doña Anastasia, que ambos alemanes cortejan á estas niñas (señalando á Berta y Paulina). ¿Qué nombre merece eso?

—Bien puede suceder, objetó sor Ignacia blandamente, que sin esfuerzo ni intrigas de Berta ni Paulina, hayan cambiado de modo de pensar esos señores.

—¿Le parece á usted posible eso? repuso con exaltación doña Anastasia, ¿Por qué? Vamos á ver, ¿por qué? ¿Me hace usted el favor de decírmelo? Y agregó con infinito desprecio: ¿Son esas niñas de mejor posición, de mejor familia, más bien educadas, más bonitas que mis hijas?

Sor Ignacia, que en aquellos momentos disfrutaba la vista del perfil remangado de la sseñoritas "de" Dena, dibujado so-

bre el marco iluminado de la ventana, estuvo á punto de sonreír, pues las nobles jóvenes, furiosas como estaban, tenían más pronunciados que nunca sus defectos nasales.

La impetuosa Paulina no pudo contenerse.

—¡Señora! saltó, las hijas de usted podrán ser más ricas, de mejor posición y más "nobles" que nosotros, pero en cuanto á bonitas.....

No concluyó la frase, pero contrajo de tal modo la boca y la nariz con gesto de desprecio, y elevó y sacudió de tal manera los hombros repetidas veces, que sus ademanes valieron por todo un discurso.

—¿Lo oye usted, señora? vociferó doña Anastasia dando todo su valor á aquella mímica elocuente. ¿No oye usted como nos injuria? Pero.... ¡vaya! ¿Qué se puede esperar de esta gentuza?

—Repórtese usted doña Anastasia, repuso sor Ignacia con autoridad. Reflexione que estoy de por medio y que alguna consideración se me debe..... Siquiera por mi carácter de religiosa; y tú, Paulina, ¡cuidado con esas!

—¿Yo qué digo? replicó la joven con descaro; no digo nada.

—Usted dispense, contestó doña Anastasia, dirigiéndose á la superiora; es vivo mi carácter y hay cosas que la sacan á uno de sus casillas..... ¿Continúo?

—Por supuesto, repuso sor Ignacia.

—Esta pobre joven, además, prosiguió la señora "de" Dena, señalando desdeñosamente á Paulina, trata de echar el anzuelo á mi hijo; y á fuerza de locuras, coqueterías y liviandades, ha logrado trastornarle la razón. . . . Usted comprende que Prudenciano no puede descender tanto.

—He oído decir, objetó con suave malignidad sor Ignacia, que el pobre joven anda muy descarriado, que bebe mucho y da á usted grandes pesares.

Doña Anastasia se sintió sofocada.

—¡Malas lenguas! ¡Lenguas viperinas! resolló al fin con estrépito.

—No tanto, terció Paulina con aguda ironía.

—La de usted es la peor, replicó doña Anastasia, mirando á Paulina con ojos flamíjeros.

El diálogo había descendido de un modo lastimoso; aquello no era ya una conversación entre personas decentes, sino una disputa ordinaria y vulgar. Paulina, que se sentía fuerte después de tomada la resolución de aceptar las proposiciones de don Arcadio, no tuvo paciencia para seguir soportando la escena, y levantando la voz preguntó á sor Ignacia:

—Madre, me permite poner fin á la discusión?

La superiora, deseosa también de terminarla, calló para dejarla decir.

—Doña Anastasia, prosiguió Paulina burlonamente y con ademán cómico, puede usted quedarse con su "preciosísimo" hijo; nadie se lo disputa, y yo no lo necesito para nada. Por ahí tengo un cargamento de cartas y flores que me ha enviado, no sé para qué; voy á mandar á usted toda esa basura dentro de un rato, para que haga con ella lo que quiera, porque á mí me sirve sólo de estorbo. Si para él soy poco, él es esto para mí. (Y juntando el índice y el pulgar de la mano derecha, los elevó, sopló sobre ellos y los abrió de improviso). Lo mismo digo de Gustavo. Vean ustedes cómo vuelven á conseguirlo, porque también lo voy á soltar. ¡Recojan lo que puedan!

Y habiendo lanzado aquella bomba de á placa, salió corriendo de la estancia como un torbellino, sin aguardar la respuesta.

Doña Anastasia y sus hijas, en el colmo de la exaltación, se hubieran lanzado en su seguimiento para arañarla y tirarle del chongo, á no habérselo impedido la dignidad.

—¡Insolente! gritó la soberbia dama haciendo ademán de levantarse y empuñando vigorosamente el marfilino puño de la sombrilla que llevaba en la enguantada diestra. ¡Dejara de ser quien es!

—No hagas caso, mamá, saltó Socorro; no es digna de que pases un mal rato por ella.

—Despréciala, mamá, gritó Consuelo; es lo que merece.

—No tenga usted cuidado, repuso gravemente sor Ignacia; será reprendida y castigada como es debido.

Las cosas habían llegado al punto que deseaba la familia "de" Dena. La promesa acabada de salir de labios de sor Ignacia, despertó su apetito vengativo; y madre é hijas saltaron de júbilo ante la halagadora perspectiva que se les ofrecía, de encierro, azotes y humillaciones para Paulina; y deseosas de que la superiora fuese con la huérfana lo más severa posible, y de agravar los cargos que sobre ella pesaban, refirieron con calor, y arrebatándose mutuamente la palabra, la escena por ellas sorprendida la noche del "Stabat Mater," entre Gustavo y Paulina, á la sombra del apartado y silencioso cetro; pero la cuenta les salió errada, porque sor Ignacia, disgustada por tanta ferocidad é insistencia, no menos que por la gritería y el manoteo de las interlocutoras, no correspondió con su actitud á los deseos exterminadores de la falange acusadora.

—Repito que no tenga usted cuidado doña Anastasia, se limitó á contestar con entonación fría; se hará la justicia debida

también en esto. Tomaré informes, y, "si resulta probada la verdad del hecho," castigaré á Paulina muy duramente.

—¿De suerte que duda usted de nuestra palabra? preguntó indignada la señora "de" Dena. ¿No le hemos dicho que lo hemos presenciado con nuestros propios ojos? ¿Nos juzga capaces de mentir?

—No digo eso, contestó sor Ignacia sin alterarse, sino que tengo necesidad de hacer una investigación en regla sobre el caso, porque no puedo condenar á Paulina sin oírla.

—Pues va á decir que es tan inocente como el Cordero Pascual.

—Verémos lo que resulta....

—Si he sabido tal cosa, repuso la airada señora fuera ya de sí, no hubiera perdido el tiempo en venir hasta acá.... Pasos inútiles, niñas, ya lo ven ustedes.

—Doña Anastasia, interrumpió severamente la superiora, hace rato estoy observando que usted se descompasa. Ha venido á delatar faltas que asegura han cometido señoritas que corren á mi cargo, y ha estado en su derecho; pero nada la autoriza para pasar esa raya y lanzarme al rostro ofensas más ó menos embozadas.

Estaba visto: madre é hijas habían adoptado una táctica errónea. Hubieran debido comenzar por Berta, quien, menos

aguerrida que Paulina para el combate, no habría hecho más que llorar y disculparse; después de eso, y conservando frescas é intactas todas sus fuerzas, hubieran debido caer sobre Paulina para hacerla pedazos. Pero llevadas de su impetuosidad, habían comenzado el ataque por el punto mejor defendido, y habían ido perdiendo fuerzas y posiciones momento por momento. Así, después de tan desapacible y prolongado diálogo, se contraban con que la superiora, en vez de convertirse en su aliada, tomaba actitudes defensivas contra su agresión.... pero aquello no tenía ya remedio. Por tanto, al ver doña Anastasia que sor Ignacia le salía al frente con moderación, pero con firmeza, no pudo ya contenerse, y ardiendo en santa cólera, se puso en pie como movida por un resorte, y gritó majestuosamente á sus hijas:

—¡Nada tenemos que hacer aquí! ¡Vámonos, niñas! Esta señora (dirigiéndose á sor Ignacia) no quiere oír ni saber nada contra sus educandas.

—Vamos, doña Anastasia, repuso la superiora fríamente. Veo que desciende usted á cada momento; celebro esté dispuesta á marcharse.

—¡Esto más! gritó la frenética señora.... ¡Nos arroja del Hospicio!

—Nada de exageraciones, objetó la su-

periora con tono imperturbable: nadie arroja á ustedes.

—Vámonos, mamá, dijo Socorro.

—En el acto, saltó Consuelo.... Para no volver nunca á poner los pies en esta casa.

Hubo un movimiento general hacia la puerta de salida, á donde se dirigió también sor Ignacia. Consuelo aguardaba una ocasión como aquélla para habérselas con Berta, pues necesitaba no tener testigos, y en medio de la baraúnda del altercado, no le había sido posible realizar sus proyectos. Hizo, pues, ademán como de salir con el grupo; pero al llegar á la puerta del recibidor, volvió atrás repentinamente, y dirigiéndose á Berta, que había permanecido muda, atónita y anonadada durante la escena anterior, le dijo con impetu feroz y precipitación indescrípible:

—¡Eres una mosca muerta y una hipócrita! Has obligado á Julio á que te corteje, á fuerza de coqueterías; ¡pero no te quiere, no te quiere!.... Está divirtiéndose contigo. Para que lo sepas mejor, te dejo ese papel. Toma, lee....

Y al decir atropelladamente aquellas palabras, dejó caer en el regazo de la huérfana, como quien arroja un cartucho de dinamita, una pequeña cubierta color de rosa, que en la mano llevaba; y con gesto antipático de odio y venganza retratado en la arremangada fisonomía, sa-

lió en pos de doña Anastasia y Socorro, á quienes alcanzó en la cancela.

IX

Después de la batalla.

El primer movimiento de Berta al quedarse sola, fué el de examinar el papel que Consuelo le había arrojado en la falda, y abrir el sobre con mano trémula, aunque sin saber apenas lo que hacía. Y ¿qué fué lo que vieron sus ojos nublados por la sorpresa y el dolor? La letra de Julio, la misma frecuencia de guiones y admiraciones usadas por él al fin de las cláusulas, y hasta el mismo papel y el mismo perfume preferidos por él en su correspondencia; y al través de una espesa neblina formada por la emoción y por su mortal angustia, leyó trabajosamente las siguientes líneas:

“Adorada Consuelo:

“No tienes motivo para estar celosa de tu ex-amiga Berta, pues sólo á tí te quiero. ¿Qué vale ella junto á tí? No te rebajas hasta el punto de compararte con ella”.....

Julio.”

No pudo leer más; sus ideas se confun-

dieron, nublósele la vista, acongojósele el alma y casi estalló su corazón. Vió á sus pies como un abismo muy negro y muy hondo. Julio, á quien había creído dechado de caballerosidad y bondad, la traicionaba, la vendía, la engañaba impiamente, sólo porque era infeliz y desamparada.... Presa de indignación y cólera, estrujó el papel con violencia, lo redujo á menudos fragmentos, y lo pisoteó con sus diminutos y airados piececitos. Su parte física, fina y delicada, respondió á aquel choque exterior con un tumulto profundo, intenso y súbito. Algo, no supo qué, subió á su cabeza de pronto, causándole vivo dolor: sintió martillazos en la frente y en las sienes; oía extraños ruidos interiores, como de choques metálicos y tañido de campanas; le pareció que una mano invisible la oprimía cruelmente la garganta, cortándole el resuello; é inmóvil y con los ojos secos, perdió la conciencia de dónde estaba.

Tan rápidos habían sido los sucesos, que la misma sor Ignacia, que volvió luego al recibidor, no se había dado cuenta de ellos; de suerte que al hallar á Berta tan descompuesta y con tan extraña expresión en el rostro, se alarmó profundamente, y más cuando notó que la pobre niña se ahogaba porque quería llorar y no podía. Aquella angustia sorda le causó espanto.